



Dib. MARIN.—Madrid.

EL PODER DEL ANTIFAZ.

—¡Y pensar, querido Duque, que han hecho falta los antifaces para que llegáramos «al fin» a conocernos!



CREMA

LIDA

RECONSTITU- YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

8.—Jolgorio de este tiempo.

LA JOTA (Cuesta 150 pesetas)

D E (Cuestan 100 pesetas)

9.—Del Tresillo.

500A

UN 7 por los blancos contra 3 por los azules



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

10.—Finó el año.

ARTÍCULO JUNIOR BARLANZA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

PALABRAS CRUZADAS

(Fuera de concurso)

Horizontales.

1, dinero chulón; 2, borrachera; 3, terminación de un puñal; 4, palabra usada en San Feliú de Guisols; 5, medida rusa que se puede encontrar en las novelas rusas; 6, del verbo arar; 7, el cloruro de sodio con acento sevillano; 8, palabra misteriosa cuyo significado desconocemos en absoluto; 9, negación; 10, parecido al 8 pero más misteriosa aún; 11, fatal; 12, resultado de 1 de las verticales; 13, para fondear con falta de ortografía y en plural; 14, aparato de zapatero, pero con el

1	17	18	19	20	21	22	23	24
2				9				
3				10				
4				11				
5						12		
6				13				25
7				14				
8				15			16	

mismo *asento* que el 7; 15, pronombre; 16, contracción.

Verticales.

1, caricia conyugal, cuyo resultado es el 12 de las horizontales; 17, dar valor; 18, nombre dado en Arica a los manteles muy manchados de diversas salsas; 19, letra del alfabeto comprendida entre la S y la U; 20, inefable; 21, esposa del Zar; 22, tercera persona del plural del presente de indicativo del verbo anotar; 23, poema indio, antiguo, que empieza con R y termina con A; 24, ayal, palabra que puede que tenga algún significado, el cual no tenemos ganas de buscar en el Diccionario; 25, lo mismo que el 7 pero sin acento... y nada más, señores.

La solución en el próximo número.



La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

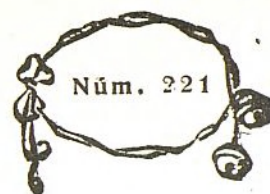
Acostúmbrese usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



PARA HACER UNA NOVELA CON UN ESPEJO DE BOLSILLO

No hace aún mucho tiempo que en estas esbeltas y arquitectónicas columnas, publiqué un artículo dando consejos a los individuos que como dramaturgos pretendiesen triunfar en el teatro. El referido artículo que

no era una patata, y digo esto porque no era un artículo de primera necesidad, ha obtenido un éxito más grande de lo que yo esperaba. Varios autores que guiados por mí, lograron estrenar sus obras, figuran ya en el martirologio, debido a la acogida que les dispensó el público, la noche del estreno.

Esto me anima a seguir dando reglas al que quiera labrarse una reputación literaria más o menos sólida. Hoy hablaré de la novela, ya que actualmente este género se cultiva más que la huerta valenciana. Y para que el que aspire a ser un buen novelista lo consiga no torciéndose en su camino, voy a dar mis consejos en la seguridad de que si después de darle unas cuantas reglas se sigue torciendo, es aún más camello que el autor de este artículo.

Supongamos que la novela va a ser de unas trescientas páginas y que gira, como es natural, alrededor de unos amores.

Primeramente hay que dividirla en capítulos que deben titularse: «Primavera», «Verano», «Otoño», e «Invierno». En el caso, muy probable, de que los capítulos sean más de cuatro, los demás pueden rotularse: «Entretiempo». En la página 25 se conocerán los protagonistas; en la 26 se enamorarán; en la 74 se juran amor eterno ante un busto de Garrido Juaristi; en la 97 regañan; en la 138 se vuelven a arreglar; cinco páginas después regañarán nuevamente, y 53 más adelante volverán a arreglarse; en la página 207 ella recibe un anónimo en que le aseguran que su novio pertenece al Somatén de Caravaca, y re-

gañan otra vez; vuelven a arreglarse en la página 275 y por fin se casan en la página última. El capítulo final debe ser el de la boda, asegurando bajo palabra de honor que la novia estaba bellísima y que la alfombra que para la ceremonia pusieron en la Iglesia era de un color granate muy bonito.

Siguiendo este procedimiento no me cabe duda de que la novela puede alcanzar un gran éxito. Hay que evitar, desde luego, todas las definiciones y consejos de los técnicos. Recuerdo como el día más amargo de mi vida, aquel en que al abrir un libro de Stendhal me encontré con la siguiente definición: «La novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino». Al conocerla, di tal salto de alegría, que sin saber cómo me encontré de improviso

montado sobre uno de los caballos de bronce que exornan el edificio del Banco de Bilbao. La cosa no era para menos: había encontrado la fórmula de hacer una novela que me traía preocupado desde tiempo antes. Bajé a la calle deslizándome por un canalón del edificio y, rauda, me dirigí a comprar un espejo. Inmediatamente me encaminé a Chamartín de la Rosa cuya carretera había elegido como el camino por donde pasearlo.

Era una espléndida mañana del mes de junio. Sentado en una silla de tijera, comencé a mover de arriba a abajo el azogado cristal, paseando así su reflejo por el camino. Varios chicos hicieron corro a mi alrededor. No me cupo duda: debían ser grandes aficionados a la literatura, todo lo contrario que

otros señores que discurrían por la carretera y a quienes al dar en la cara el inquieto destello que producía el sol en el espejo, me miraban con ira, lanzando exclamaciones imposibles de reproducir en una revista como esta, ni aun traduciéndolas al esperanto. Deduje que aquellos hombres eran analfabetos. Por otra parte, llevaba cerca de cuatro horas sin cesar de mover el espejo y me consolaba pensando:—¡Lo menos debo ir ya en la página ciento catorce!

Sin desmayar proseguí mi labor hasta que el sol se puso. Me levanté entonces—había ya a mi alrededor un corro de cuatrocientas treinta y dos personas—y me puse a buscar la novela. No la encontraba por parte alguna. Se hizo de noche y tuve que buscarla ayudado por la luz de unos fósforos. No pareció.

Sospecho que alguno de los curiosos que me ayudaron desinteresadamente en mis pesquisas se la guardó a espaldas mías. Entre dudar de la seriedad de Stendhal o de la de unos chiclelos, me inclino a lo segundo.

Me es menos violento.



Dib. SILENO.—Madrid.

MANUEL LAZARO

MANÍA GENERAL

Los crímenes menudean
que es una barbaridad.
¿Que por qué? Porque desean
las gentes celebridad,
y un día es Pedro, el feroz,
que arranca a su Inés los pelos,
y otro es Juan, que con arroz
se come a sus pequeñuelos.
¿Quién de ello la culpa tiene?
La gráfica información,
que interesa y entretiene
y hace mella en la opinión.
¿Por qué el ministro «hace el gato»
en fiestas inaugurales?
Para que den su retrato
las revistas semanales.
¿Por qué desea el actor
salir bien de ciertos trotes?
Por lo que luego en su honor
publican los papelotes.
Y el autor que estrena un drama
y el guardia que hace un servicio
y la noble y rica dama
que organiza un beneficio...

Todos aguardan la inmensa
probable satisfacción
de que les den en la Prensa
su consiguiente jabón.
Lo malo es que los que en sí
no tienen rasgos salientes
y han de lograr por ahí
algo que asombre a las gentes,
hasta en el crimen horrendo
buscan la notoriedad,
y de ello un caso estupendo
registra mi vecindad.
Ayer sorprendí a un tunante
que hay en la casa de enfrente
sosteniendo con su amante
la conversación siguiente:
—Faltándote adrede estoy
con Juan, con Luis, con Gaspar...
¡y tan desgraciada soy
que nó me quieres matar!
—¡Pero, hija, tú desatinas!
—¿Cómo, ante acción tan villana,
no vienes y me asesinas?
—Porque no me dá la gana.

—Es que yo vivo muy mal
sin que me conozca el mundo.
Conque toma este pñíal
y dame un golpe profundo.
¡Clávamelo, por favor,
porque esto es mucho sufrir!
—¡Si no te guardo rencor!
—No importa; quiero morir.
—¿Para qué?

—Para poder,
después del asesinato,
tener el gusto de ver
en *A B C* mi retrato.

No sé lo que habrá ocurrido;
pero es triste de verdad
ese afán tan desmedido
de adquirir celebridad,
pues no falta, en conclusión,
quien se mata, a su manera,
para verse en *La Nación*
junto a Primo de Rivera.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

SIGUIENDO LA MODA

Pepito leyó en la Prensa
noticias de la campaña
y vió la sublime hazaña
y extraordinaria defensa
que con heróico ademán
y al frente de un pelotón,
hizo de la posición
un valiente capitán.

Vió que ascendió a comandante
que le dieron la laureada
y que al fin de la jornada
brilló su nombre radiante,
y deslumbrado al mirar
el mérito enaltecido,
dijo el mozo decidido:

—¡Yo quiero ser militar!

* *

Fué una vez a una corrida
con su amigo Texifonte,
y vió torear a Belmonte
como no lo vió en su vida.
¡Qué quites! ¡Que voleras!
¡Qué pares de banderillas

y que pases de rodillas
y qué estocadas certeras!...

Perdió el pueblo la cachaza
se hechó febril a la arena,
y en premio a tan gran faena
salió, en hombros, de la Plaza;
y al ver que el público entero
lo aclamaba a voz en grito,
dijo resuelto Pepito:

—¡Ya sé qué he de ser! ¡Torero!

* *

El *raid* a la Argentina
ha puesto a Franco de moda,
y hoy aquí la gente toda
no ve más que gasolina.

¡Qué de triunfos y ovaciones!
¡Qué de frases expresivas!
¡Cuántos *hurra*s, cuantos *viva*s...
y cuantas indigestiones,
porque ya están en un brete,
allá en países remotos,
nuestros valientes pilotos
con tanto y tanto banquete!

Por eso al ver el furor
con que el mundo los aclama,
piensa Pepito en la fama
y dice:

—¡Seré aviador!

* *

Pero si el chico se entera
y es fácil, de que en Hungría
hay gente que todavía
vive con lujo y prospera
no con riesgo, como Franco
que estuvo en más de un aprieto,
sino grabando en secreto
billetes falsos del Banco,
y si sabe que esa gente
gana mucho más dinero
que un militar, o un torero,
o un aviador valiente,
al preguntarle un señor
qué es lo que desea ser,
Pepito, lo habéis de ver,
dirá:

—¡Falsificador!

FIACRO YRÁYZOZ



Dib. GARRIDO. - Madrid.

—¿Cuánto va recaudado?
—Una treinta y cinco y dos perras francesas.
—¡Está visto que hemos salido con mala pata!

EL ROBO DE LAS MANZANAS

He aquí una página del libro de mi vida, y que demuestra, si ya no estuviese suficientemente demostrado la importancia de un suceso nimio en nuestro destino, y cómo son los padres los que de continuo asestan—con una salida de tono, con un acto arbitrario—un golpe mortal a nuestra vocación.

Soy en la actualidad empleado de una agencia de pompas fúnebres. Y, sin embargo, cuando era niño, pareció que una voz—la de la Providencia, sin duda—me dijo: «Roberto, tú has nacido para perseguir ladrones, aprehender *randas* y enviar asesinos al patíbulo.» De otro modo no se explica mi desmedida afición a las novelas detectivescas. Sabíame de memoria los rasgos fisonómicos de Sherlock Holmes, las costumbres de Tiki-Naki, el detective nipón y hasta el más pequeño detalle de la biografía de Nick Carter. Todas las noches, y aun muchos días, en la escuela, mientras el profesor explicaba la fastidiosa lección de aritmética, yo dejaba volar a la loca de la casa, y soñaba, soñaba... Yo era Sherlock Holmes. Sonaba el teléfono de mi casa. —¡He! ¿Quién? —Yo, el comisa-

rio de policía. —Diga... —Mister Holmes, es imprescindible su intervención. ¿Recuerda usted el crimen cometido hace un mes en el número 55 de la calle Nelson? Pues aún no hemos descubierto nada. Usted debía... —Bien.... Bien... Y poco después ya estaba yo en el 55 de la calle de Nelson, encendía la pipa, cogía mi lupa, y ¡zas! al minuto escaso la huella de un pie en el techo. Después, la ligazón de todos los cabos y la cosa más clara que un capítulo de Kant. Casi siempre me desabstrahía—en el preciso momento de apresarse al malhechor—un morrillazo del maestro o mi propio despertar.

No cabe duda, en vista de todo esto, que yo hubiera sido un detective genial. Pero...

Un día, mientras comíamos, entró la sirvienta en el comedor. Llegó asustada, derribando las sillas, con los ojos en la frente, de desorbitados. Generalmente efectuaba estas entradas aparatosas cuando había cometido alguna detestable acción con la vajilla. Pero entonces no se trataba de esto.

—Señora—exclamó dirigiéndose a mi madre—; las manzanas han desaparecido del aparador.

Mi madre hizo lo que está estatuido para estos casos, a saber: fruncir el ceño, poner cara de idiota y proferir un «¡cómo!» con dos minutos de intervalo de una a otra sílaba. En cuanto a mi padre, era ya de obligación hacer un chi te.

—Habrás sido Eva—dijo.

Mi madre le atajó con rapidez:

—Menos Eva, cualquiera. Para una vez que comióse una, ha sido tan criticada, que no le han quedado ganas de repetir la acción.

Yo permanecía callado y meditativo. En aquel suceso columbaba yo una buena oportunidad para desarrollar mis aficiones y aptitudes detectivescas. Sin decir palabra abandoné mi asiento y me dirigí al aparador.

La contemplación del frutero, vacío, sugirióme esta idea:

—Evidente. Las manzanas no están aquí. Luego se las han llevado.

Me cogí la barbilla, cogí la diestra como había leído que hacía Sherlock Holmes, y sentí mucho no tener, como él, una magnífica pipa. Tentado estuve de pedir la suya a mi padre, pero ciertas consideraciones, que me reservo, hicieronme desistir de mi proposición.

Me dediqué a pensar.

Veamos. Lo primero en el descubrimiento de un delito es averiguar el móvil que lo ha inspirado. ¿Para qué quería el ladrón las manzanas?

Tras cinco minutos de meditación, me respondí:

—Para comérselas. Esto es indudable.

De repente me asaltó una sospecha. ¿Habrás sido la criada? Pero desistí al recordar la estupefacción impresa en el rostro de la doméstica cuando dió la noticia. ¡No era posible que aquella estupefacción fuera fingida! Ciertamente que hay criminales que fingen de un modo inaudito, pero... ¿y mi experiencia? ¿Y mi pupila psicológica? ¿No habían de hacerme ver la diferencia entre el asombro sincero y el producido por una maquinación en el cerebro?

Dejé de seguir los pasos a la fórmula (al revés de mi padre, que aún la perseguía) y dirigí mis pesquisas por otros derroteros. ¿Habrás sido el gato? No. A los gatos no les gusta generalmente las manzanas. ¡Cielos! ¿Habrás sido Eva, como insinuó el autor de mis días? Abandoné también esta hipótesis. Mi madre decía que no, y en casa era ella siempre quien llevaba la razón.

Desesperaba ya de hallar al autor. ¡Ah! ¡Si yo hubiese tenido mi pipa! La inspiración habría surgido entonces, mitad al dar un chupetazo y mitad contemplando los cisnes y los cúmulos de las volutas. ¡Sí! El secreto de Sherlock



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—¿Tiene usted una nariz de foca?

Holmes estribaba, sobre todo, en su pipa,

Dirigime a mi cuarto y abrí la ventana con objeto de refrescar mi cerebro. Miro hacia abajo, hacia el jardín, y... ¡allí! debajo de mi ventana, unas cáscaras de manzana. Lancé el grito tradicional en estos casos: «¡Eureka!» Luego exclamé: El jardinero ha sido. Y soplé tan fuerte, lleno de satisfacción, que aparté una nube de sobre mi cabeza.

Bajé al jardín y llamé al jardinero:

—¡Tío Tomás! ¡Tío Tomás!

Estremeciéndose una pierna reumática y rastreó luego tan vigorosamente sobre el suelo, que consiguió—bien que trabajosamente—mover el cuerpo a que estaba ensamblada, y conducirlo luego frente a mí.

—¿Usted se ha comido las manzanas del aparador?—interrogué al tío Tomás, cuya era la reumática pierna.

—¡Quién! ¿Yo, señorito? Usted bromea...

—¡Sí! ¡No lo niegue usted, porque es inútil! Todo se sabe en este mundo, hasta aquellos delitos que, por haberse efectuado con el mayor sigilo, y valiéndose de la nocturnidad y de la oportunidad...

Me callé, porque no recordaba el final de aquel discurso, endilgado por Sherlock Holmes a cierto empedernido criminal en el momento de aprehenderlo.

El jardinero, inmóvil ante mí, me escuchaba atónito. Atónito, sí. Con una atonía y una sorpresa que de ningún modo eran falsas. Renqueando, como él con su pierna, hube de declararle inocente. ¿Qué mejor testimonio que el de no comprender lo que yo decía?

Me encendí de rabia. Me motejé de imbécil, de necio, de polizonte—como es sabido, el polo opuesto del detective, que todo lo descubre, es el policía, que no descubre nada—y juré no descansar hasta hallar un criminal... cualquiera... ¡aunque fuese apócrifo!

Me fui bajo la ventana y examiné las dichas cáscaras. Les dí cien vueltas entre mis manos, y a la ciento una observé que eran muy carnosas. «Las manzanas han sido peladas por una mano inexperta», me dije. Ahora bien: ¿A quién pertenecía esta mano? Evidentemente a una persona que no hubiese pelado muchas manzanas en su vida. ¿Y quién, no siendo un niño, podía hallarse en este caso? Dí un salto. «¡Un niño, un niño ha sido!», grité. Y mi grito, repercutiendo en los oídos de Tomás, hízole abrir la boca de un modo desmesurado.

Seguí el hilo de mis cavilaciones.

—Veamos: Las manzanas fueron compradas en la misma mañana de hoy. ¿Qué niños habrán venido hoy a mi casa? Ninguno. Luego debía de haber sido un niño de ella. Y como en la casa no había otro que yo...

Me eché la mano al cuello.

—¡Tú has sido!—me grité, loco de alegría, porque ¡al fin! tenía la prueba de que verdaderamente poseía *madera* de detective. Y que no cabía duda. Yo era el que me las había comido; lo recordaba perfectamente. Acto seguido, decidí entregar el ladronzuelo a mis progenitores.

Confieso que un sentimiento de amor hacia mi prójimo, y de compasión hacia el delincuente, hiciéronme dudar un momento entre denunciarlo o no. Pero, en fin, la voz inexorable del deber me decidió.

—Señores—dije entrando en el comedor, donde aún permanecía mi familia—; gracias a mi perspicacia detectivesca y a mi olfato, digno de un sabueso, van a tener la satisfacción de conocer al ladrón de las manzanas.

—¿Quién? ¿Quién ha sido?—interrogó afanosa mi madre.

—Yo—respondí, inclinando la cabeza modestamente.

Y aquí viene lo extraño, lo verdaderamente sorprendente. Esperaba yo oír frases de agradecimiento y de admiración, y sólo escuché palabras despectivas e irritadas.

—¡Qué cínico!—vociferaba mi padre.

—¡Ah, qué degeneración de sentimientos! ¡Será la deshonra de la familia!—decía mi madre, lloriqueando.

Mi padre se levantó y me propinó una azotaina más que regular.

Tal injusticia me sublevó tanto, que en el momento decidí abandonar la carrera de detective.

DIEGO PRADO DEL AGUILA



Dib. BILBAO.—Madrid.

—La marquesa me ha contado cosas que me han dejado helado...

—¡Hombre, qué suerte, porque a mí ni pastas!...

UN CASO DE LOCURA NECESARIA

Paseaba yo por el Retiro y fui a sentarme en un banco donde había un hombre de aspecto derrotado.

Apenas me hube sentado el hombre empezó así, sin ninguna palabra previa:

—Sin duda usted viene a que le cuente el origen y motivo de mi locura. Pues bien, escuche.

Yo soy, y me llamo, Edmundo Hernández Muladar, natural de Corvejon del Costillar.

Empecé mi vida como albañil, pero mis grandes cualidades físicas, unidas a los poderosos dones de mi extraordinaria inteligencia me hicieron virar hacia la mecánica y la química.

Y empecé mi felicidad.

Me construí un laboratorio en el que fruto de mi excepcional ingenio salieron prodigiosos inventos que el destino no quiso sacar a la luz pública, pero que hubieran revolucionado al mundo, determinando el imperio de los yernos.

Los impertinentes que iban paulatinamente cegando a quien mirara por ellos. Las medias de finísima seda color tostado que resacaban y retorcián las piernas a quien las llevara cinco horas puestas. El tremendo sombrero de señora que a cada minuto oprimía un poco más el cráneo, hasta incrustarse en él. Los zapatos de tacón de Luis XVI que convertían el pie en un enorme y único callo. El pañuelo aromatizado con esencia de rosa que corroía la faringe y la laringe a quien aspira su olor. La silla que torrefacta cierta parte cayéndose en cenizas. Son todos ellos muestra de los ciento y pico de inventos que con el mismo objeto he logrado en dos años de continuos experimentos.

Estaba, pues, perfectamente capacitado para el matrimonio y para arrosar las luchas posteriores, y decidí casarme.

Pero para ello no busqué, como busca todo el mundo, una mujer que llenara todos mis anhelos de marido pacífico y amoroso sino que busqué una suegra que llenara todos mis anhelos de yerno iracundo y batallador incansable, que fuera suegra de verdad, de novela, de película.

La encontré y hasta tuve donde elegir.

Y elegí la más fea, la más horrible, al mismo tiempo que la más hercúlea, la más odiosa, la más suegra de todas.

Y empezaron mis amores con su linda hija. Sostenía ésta su lindeza con emplastos y polingues, pero se adivinaba bajo esa espesa capa de belleza artificial las tremendas facciones de su madre y entonces pensaba con deleite en el lejano tiempo en que sería suegra y mi yerno la pondría mi torturador sombrero, la regalaría mis impertinentes, mis zapatos tacón Luis XVI y mis demás inventos para quitársela de delante, del mismo modo que yo haría con mi suegra en cuanto lo fuera.

Tomó aliento y prosiguió:

—¡Ah! Qué feliz era yo en el cine cuando a media luz veía su perfil que al cabo de pocos años absorbería el aroma de rosa de mi pañuelo; y en ratos de éxtasis la butaca se convertía en mi silla eléctrica que chamuscaba... la parte del cuerpo más próxima al asiento.

Pero ¡cuán terrible e injusto es el destino! Se murió la madre de mi novia antes de que nos casáramos.

¡Quedó, pues, mi magnífico plan de

yerno tirado por el suelo, mi gloria futura y mi popularidad perdidas, mi corona de laurel rota! ¡Yo, que iba a ser el rey de los yernos, el amo de las suegras de verdad, el ídolo de los pueblos y el propulsor de la cultura universal, pues se desterrarían las suegras rémoras de la civilización y del progreso del mundo!

¡Oh, qué hermosa odisea coronaría mi esfuerzo!

Si es usted casado y con suegra furibunda, comprenderá mi desesperación e inmediata locura.

Si es usted soltero, me entenderá dentro de unos años y maldecirá mi sino.

Si es usted casado y tiene una suegra de las buenas, suegra cariñosa para con su yerno, guapa y de buen porte, de seguro que no me habrá comprendido. Es más, quizá le haya ofendido con mis palabras. Ruégole a usted entonces que me perdone. Lo mío no reza para usted.

Mis inventos y mi furia son para las suegras perversas, no para las sentimentales.

Pues bien, caballero, ya conoce usted mi vida y el programa que quise llenar con ella. Mi locura prematura, nacida en mi mayor desesperación y desconsuelo al morir la que iba a ser mi suegra, determinó esta desastrosa y ya irreparable derrota.

Dicho esto se levantó, y sin saludar siquiera se marchó.

Yo quedé atónito y suspiré con satisfacción cuando perdí de vista a aquel pelmazo.

Luego me fui en sentido opuesto.

PEDRO GARCIA ORMAECHEA



—¿Para todos?

Dib. ELÍAS. — Madrid.

DESDE LA CARCEL

«Sepan cuantos me leyeren
que, por mal de mis pecados,
un escriba y dos soplonos
en la trena me zamparon.

Mas juro que me cogieron
entre sus redes, incauto,
por perezoso de piernas
y por ligero de manos.

Que a llevar, como Mercurio,
las alas en los zancajos,
ni soplonos ni corchetes
me sujetaran el paso.

Mas ya no tiene remedio
y aunque no me gusta el cuarto
seré un año su inquilino
por merced del escribano.

Los compañeros me dicen
que la culpa del atasco
la tengo yo, por no haber
untado un poquito el carro;
que todo arreglarse pudo
abriendo un poco la mano,
siendo así que por *cerrarla*
me sucede este trabajo...

Sabréis que, aunque no soy fraile,
en celda la vida paso:
lo quisieron los *Señores*
y a la fuerza he profesado.

Si véis a la Pintosilla
(dê Lavapies el encanto),
la que de puros achares
me tiene desvencijado,
decidla que venga a verme
al magnífico palacio
que aquí, junto a la Moncloa,
el Gobierno me ha donado
para premiar mis servicios,
a cuyo extenso relato
miles y miles de folios
las audiencias dedicaron.

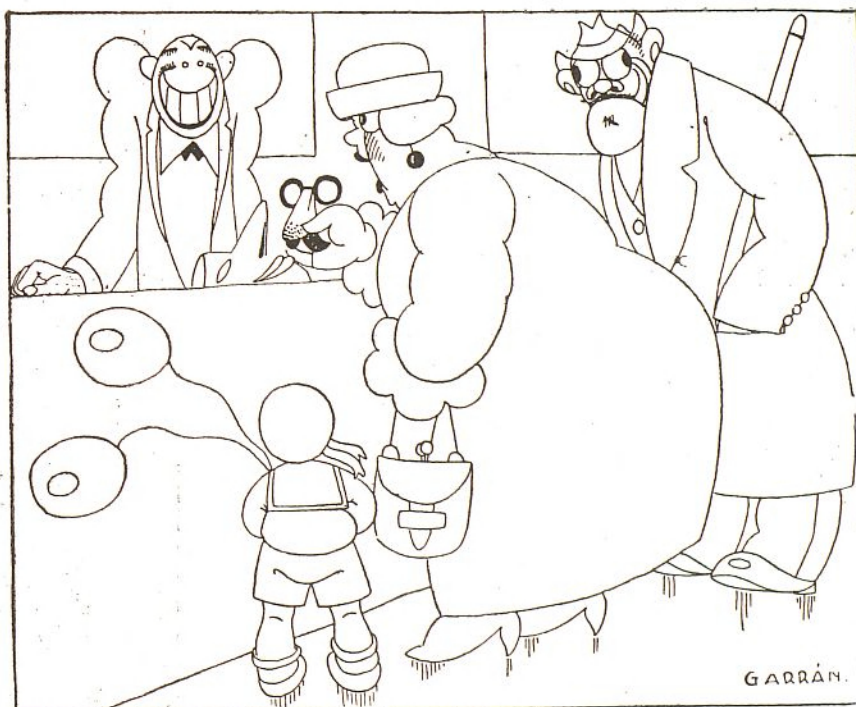
Aquí como y visto gratis,
que en estos tiempos ya es algo
y si libertad me falta
también me sobra descanso.

Y, por más que no he nacido
para vivir enjaulado,
mientras no falte el alpiste
me resigno a ser canario.

No tengo más que deciros.

Bebed a mi cuenta un frasco,
memorias a las amigas
y a los amigos del barrio;
y contad con que me he muerto
por el término de un año
por tener piernas de *plomo*
y como *pluma* las manos...»

Por el desgraciado caco,
EL MEMORIALISTA



Dib. GARRÁN.— Madrid.

—¿Cuatro pesetas estas narices
de cartón? Quiere usted ganar dema-
siado.

—¡Más va a ganar su marido, se-
ñora, cuando se las ponga!



Manzanilla "ROMULO Y REMO"

Una taza en ayunas evita los purgantes y las
bilis. Tomada después de las comidas facilita
la digestión.

ES MEJOR QUE EL TE, PORQUE NO DEBILITA, Y QUE EL CAFÉ, PORQUE NO EXCITA. PIDASE EN HOTELES,
FONDAS, CAFÉS Y BARES - De venta: en farmacias, droguerías y ultramarinos. Bote, 1,50 ptas. Bolsita, 0,10 ptas.
DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO EN MÉXICO, Evaristo Alfaro, 5.ª calle de San Juan de Letrán, 63.

CARNAVAL DE CUARESMA

El confetti se ha convertido en ceniza... Sic transit gloria mundi. Se han ajado los trapos de colores... Las caretas de cartón se han reblandecido con el vino como orejones trasnochados... Al espíritu de vino se le acabó el espíritu y le quedó el vino solamente... Vinazo, más que vino... «A que no me conoces?» se dicen a sí mismos los propios disfrazados.

«No semos nadie, guardia» —filosofa un niño llorón que la ha cogido llorona.

Contra una valla se ha derrengado, pelele roto en dos, colgante la cabeza, la máscara del acordeón... El acordeón está asmático y él, en no teniendo acordeón, es hombre muerto.

El espantapájaros, de frack, extiende los brazos desolado: «¡Se ha muerto la sardina!».

¡Todo se muere! —dice Pierrot—. Lo dice con cierta envidia: él se encuentra viejo, pasado de moda, tiene tos, y como es inmortal le aterra un poco el porvenir. Colombina le ha dado unas

flores cordiales para que se cure el catarro; él no se atreve a bebérselas para no quedarse sin ellas. Son de Co-

lombina y las lleva sobre su corazón. El no es capaz de convertir en cocimiento unas flores, ¡y cordiales!, de la mujer que tuvo la atención de hacerle célebre.

La luna, de hojalata, se asoma por las tapias del cuartel. Cada vez está más pálida y macilenta. Comenzó haciéndose la clorótica por moda, por presunción. Luego pasó de moda y se le enfermó el hígado por despecho y por desengaño. Para disimular se maquilló de blanco; pálido sobre pálido y, por fin, dejó el cielo para ir en busca de morfina por callejuelas de arrabal. El Diablo por disimular y por no descomponer la escenografía de las noches en plenilunio, ha colgado una luna de hojalata en sustitución de la otra.

Así nadie se entera y pueden los astrónomos continuar sus trabajos.

Cae sobre la tierra un turbión frío. Es el sacristán ahorcado—alma en



Dib. de Leo RAUTH.



(The Sketch).

CAPRICHIO FOTOGRAFICO



(Fémina).

Dib. de BRVNELLESCHI.

pena—que va soltando «asperges» siniestros sobre el mundo.

Del cementerio, a ramalazos, azota un viento de cuaresma... Ha vuelto del revés el paraguas del maestro de escuela. Había salido en busca de huesos que roer, y el paraguas, dando bandazos por los aires, ha ido a clavar en la luna, quedando allí, colgante como murciélago borracho.

Pasa un gato bufando, echando chispas y el loco se tira de los pelos al ver que se le escapa:

—¡Es el Sentido Común!— explica el loco, (Los locos y los niños...)

El último viudo, abrazado a un farol, no quiere despedirse del duelo...

Un violín, enfermo de los nervios, —entona o desentona— un Miserere convirtiéndolo en fox-trot y bailan a su son las destrozonas y las brujas, cada una con su escoba...

El tío del alhigüí tuvo que comerse el higo este invierno; ha puesto un zapato viejo en su lugar y todos los tullidos—que no han podido este año formar estudiantina—brincan para ver si lo alcanzan de un mordisco.



(Lustige Blätter).

Dib de HEILMAN



(Jugend).

Dib. de LENDECKE

Este año hay otro alhigüí: bailotean por los cielos la T y la S y la H, y todos los tejados juegan a pincharlas con la aguja de sus antenas.

Una patrulla de diablos manta a un guardia de Orden público; y una murga borracha desafina un chotis.

El cesante, beodo perdido, se ha disfrazado de ataúd, para anuncio de una Funeraria, y se arranca por lo flamenco, jaleándose él solo.

Viene una patrulla de Bebés: son las criadas de servir. Se dan, entre muchos gritos, manotazos y empellones. Han dejado la casa donde servían para poder ir a los bailes. Llevan tacones Luis XV de madera, y meten mucho ruido al andar. Como por la casa van en chancas, se les enganchan en el suelo los tacones y los tuercen.

Todas llevan agujeros en el calcañar de las medias. Arlequín—venido a menos—quiere venderles una aguja especial para «cojer los puntos»—sin metáfora—y corcusir los agujeros.

El de la Funeraria, galante, va arran-

cando las flores a una corona y se las va ofreciendo a la Viuda alegre.

El fraile motilón pega en las vallas unos cartelones que dicen: «Abstinencia de carne... Pulvis eris».

En vano el diablo desholliador trata de reavivar con un soplillo los amores lácios... En vano Celestina sopla con un fuelle en el hornillo de las castañas y en vano doña Trotaconventos hace conjuros con los naipes.

Alguien, en último brindis, tiró contra el firmamento una lata de calamares y chorrean del techo, antes azul, lágrimas de aceite y de tinta...

En el reloj de la campana rajada, dan las trece.

¡Penitencia!...

El enterrador de la sardina, vestido de fraile, va con la caña de la iglesia y planta sobre el mundo el capuchón del apagaluces de las velas.

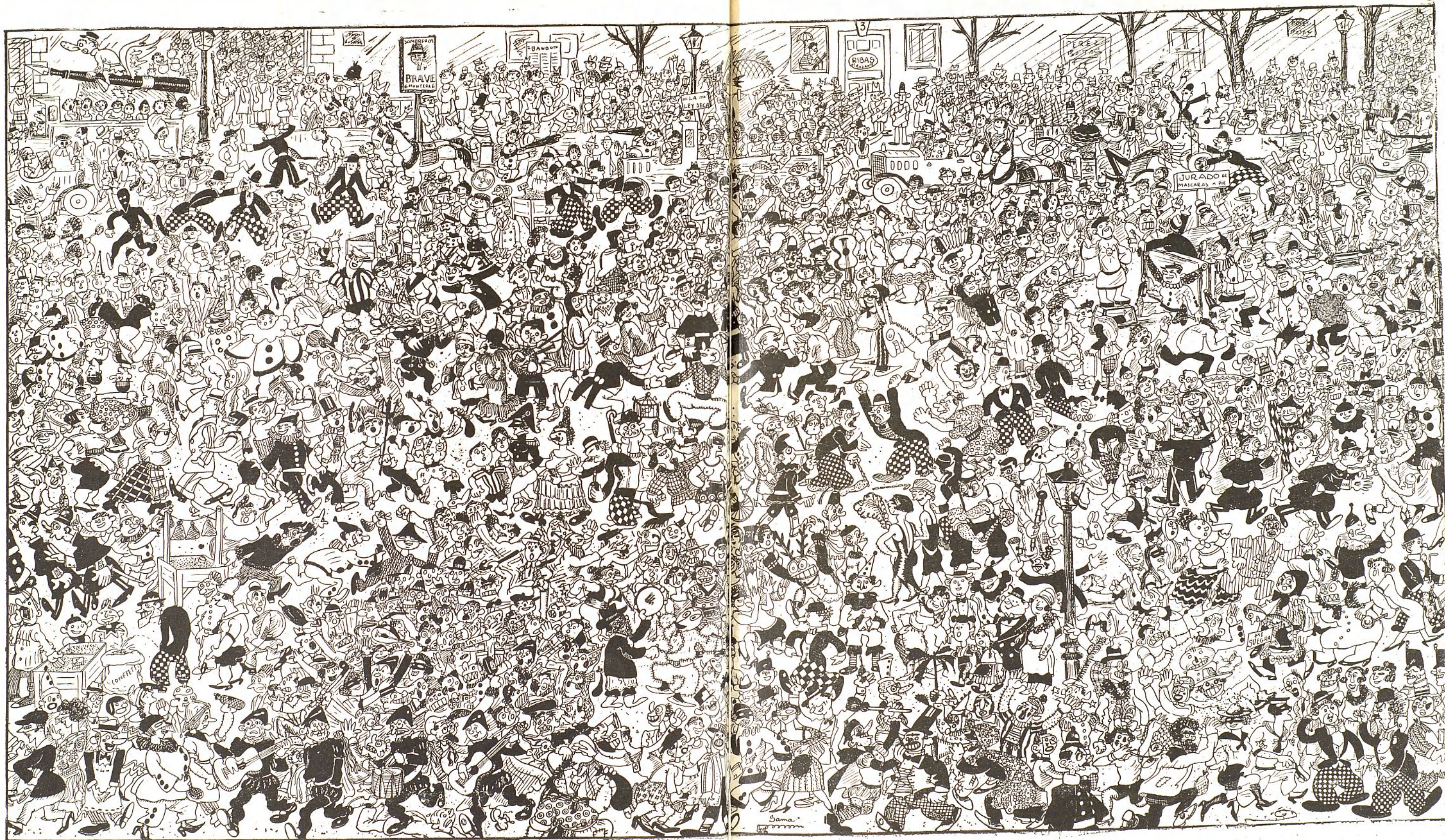
¡Memento!... Se acabó... Todo está oscuro y huele a queso.

A queso rancio.

MANUEL ABRIL



Dib. de BRUNELLISCHI.
(Illustration London News)



(Fantasia morisca de SAMA).

VISTA GENERAL DEL PASEO DE ROSALES, EN LA TARDE DEL DOMINGO DE CARNAVAL (Apuntes de la naturaleza tomados al oído y según referencias de un amigo).



LAS MUJERES

¡ESPERA UN SEGUNDO!



*¡Las mujeres!... ¡Oh, las mujeres!
(Máxima de monsieur Dupont).*

ADVERTENCIA PREVIA.—Señores: hay que confesar que a las mujeres no se las ha estudiado debidamente. Lo mismo ocurre con la ley Hipotecaria. En todas las literaturas existen cientos de libros dedicados al estudio de la mujer, pero esos libros no tienen ningún valor real y exacto. Prevost no conoce a las mujeres; Bourget, tampoco. Hora es ya, señores, de que se haga un estudio, siquiera sea ligero, de esos encantadores seres que Dios concedió a los hombres para su felicidad y para su desesperación. Soy audaz y voy a lanzarme a semejante trabajo. Que las musas me estén propicias.

Vamos a sorprender a las mujeres en uno de sus aspectos; cuando se preparan para salir de casa.

I

Mariano Luján es el protagonista de esta brevísima historia. Me extraña mucho que el protagonista se llame Mariano, pero, efectivamente, se llama así. Mariano es un nombre inadmisiblemente, propio solo para un invitado de boda de café. Es muy difícil decir Mariano e imaginarse un hombre de buen gusto. Pero yo ruego al lector que haga un intenso esfuerzo mental y que al leer Mariano Luján vea, con las pupilas de la fantasía, un individuo de charla fácil e ingeniosa, sentimental y alegre, caballeresco como Amadís de Gaula y agradable como un cheque contra el Banco de Londres. Es decir, lo que se llama un hombre de buen gusto.

Evelia Ansó es la protagonista.

Tampoco es sencillo sorprender tras el nombre de Evelia una mujer chic. Declaramos que Evelia es un nombre de anciana de clases pasivas. Y adviértanse las terribles dificultades con que lucho para presentar a los protagonistas, Evelia y Mariano, tal y como son; es decir: elegantes, delicados, distinguidísimos. ¿Se puede llegar a la emoción artística diciendo: «¡Evelia de mi alma!»? ¿Y exclamando: «¡Mariano adorado!»? No. Es evidente que con tales nombres no se puede llegar a la emoción artística. Pero no importa. Amo las dificultades y voy a elaborar mi historia con Mariano y con Evelia.

Ambos se han casado hace cinco años. El ronda los treinta y ella los veinticinco. Sus corazones no tienen ya calores de zona tórrida, pero tampoco guardan frialdades de monte Everest. Se hallan en ese estado intermedio del amor en que Cupido ha crecido demasiado y comprende que está haciendo el ridículo con su arco y sus flechas. Se explica. Un Cupido de la altura de «El Caballero Audaz», desnudo y con un arco en la mano, resultaría algo tan absurdo como una quisquilla con sombrero frégoli. Consecuencia final: que el amor de Evelia y de Mariano está muy próximo a la huida para evitarse una rechifla múltiple. Pero como los dos son personas refinadas, se guardan, a pesar de todo, respetuosas atenciones.

Mariano llama con los dedos en la puerta del gabinete de Evelia.

Evelia, con voz dulce:

—Adelante.

Mariano, que entra caizándose los guantes:

—Pero ¿aún estás así?

Evelia está en pijama, haciéndose

las manos que la manicura «no deja a su gusto».

(Si yo no escribiese un cuento en el que una mujer apareciera en pijama, haciéndose las manos, nadie creería que soy un hombre de mundo).

Evelia se vuelve hacia Mariano, con los ojos muy abiertos.

—Procedes de un modo cínico, Mariano—le dice.—Meriñes porque estoy sin vestir y tú todavía no has acabado de ponerte los guantes...

Mariano traga saliva. En realidad no sabe qué contestar a aquella incongruencia divina; por fin, pregunta:

—¿Te falta mucho?

Y ella candorosamente:

—No. Espera un segundo...

ESPERA UN SEGUNDO... ¡Ah! ¡Qué espantosa frase en labios de una mujer!

Evelia, con la mejor de sus sonrisas, y las tiene preciosas, agrega:

—Te da tiempo a encender un cigarrillo.

Mariano, con doloroso estupor:

—¿Un cigarrillo? ¡Dios mío!

Se echa en una butaca y enciende un puro.

(Una pausa que dura media hora).

—Evelia, es muy tarde.

Evelia, colocándose una combinación negra que brilla como si estuviese empavonada:

—¡Oh! ¡No he visto nada más impaciente que un hombre que tiene el abrigo puesto!... En mi reloj son las diez.

—Tu reloj es un reloj mágico que señala siempre la hora que tú desees. El mío, que no obedece a otras influencias que a las del meridiano, marca las once. Y el teatro empieza a las diez y cuarto, Evelia.

—Pero siempre se retrasan. Segura-

mente aún no ha comenzado la función.

—No hay público que resista un retraso de tres cuartos de hora.

—¡Ah! Me pones nerviosa... Sabes de sobra que el primer acto de las comedias se reduce a exponer el asunto.

—Es cierto. Nunca vemos el primer acto de las obras y por eso dices que no te explicas nada de lo que ocurre en escena. Esto me obliga a darle una propina al acomodador para que nos cuente lo que ha ocurrido en el primer acto.

—¿Y te lamentas de eso? Los pobres acomodadores suelen tener muchos hijos, y necesitan esas propinas.

—Te juro que si todos los espectadores procedieran como nosotros, yo me dedicaría a acomodador.

—Eres un hombre admirable. Sólo te falta una cosa, tener un poquirritín de paciencia.

(Una pausa que dura una hora).

Mariano, encendiendo un cigarrillo, y hablando solo:

—¡Oh! Si Job hubiese vivido en la edad moderna...

(Una pausa que dura quince minutos).

—Evelia, son las doce y cuarto.

—Tu reloj adelanta. Yo tengo las diez menos cinco.

Evelia, que está ciñéndose el vestido, se lo da.

—Dame tu reloj, Evelia.

—Toma... ¿Para qué lo quieres?

—He decidido regalarlo a un museo; estas maravillas deben pertenecer al Estado para que, gracias a ellas, pueda

Evelia, cogiendo la capa.

—¿Me la pones? Gracias. ¿Que horas es? Me he entretenido un poquillo...

—En mi reloj, las dos menos cuarto; el tuyo, debe señalar justamente las diez menos doce minutos. Es temprano.

—Bueno, pues vamos. Estoy dispuesta. ¡Qué lástima, vamos a llegar a función empesada...!

Mariano la mira fijamente, deja el cigarrillo en un cenicero, le quita al sombrero unas motitas; balancea el pie derecho; luego, balancea el pie izquierdo. Por fin echa a andar detrás de su mujer.

En el pasillo tiene una idea.

—¡Oye, Evelia!

—Mándame.

—Tengo mis motivos para creer que la función ha concluido ya. ¿Te parece bien que telefonée a la contaduría del teatro pidiendo que nos expliquen la comedia que queríamos ver?

Evelia incomodada educadamente;

—¿Ahora salimos con esas? ¿De manera que ya no llegamos a tiempo al teatro? ¡Podías haberme dicho que era

tarde y me hubiera vestido más de prisa...

Mariano, heroicamente:

—Sí; realmente, soy un hombre prevenido. Pero anda, tomaremos un taxi. Con arreglo a tu reloj, aún llegaremos al final de la función de la tarde.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.

(Dibs. de Josefina Peñalver)



fomentar el turismo. ¡Maravilloso reloj! A las once, señala las diez; a las doce y cuarto, las diez menos cinco... He hecho cálculos y para que señale las diez y media, tienen que pasar setenta y nueve horas. Nunca he oído hablar de nada parecido...

(Una pausa que dura hora y media.)

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Ceterino Pérez R, Avenida Brasil, 58.

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

Hace ya mucho tiempo (cuando éramos jóvenes y ligeramente gallardos, y hasta pestíferamente calaveras) tuvimos la humorada de dar a luz un jocosillo diccionario que alcanzó un éxito del que todavía no nos hemos explicado la razón, porque ni era tan gracioso como Romanones, ni tan fidedigno como Alba, ni tan castellano como Cambó. En virtud de aquél éxito, tuvimos que elaborar varios apéndices, lo cual nos costó un trabajo hercúleo, pues no somos tan talentados para el idioma como D. Joaquín Sánchez de Toca ni tenemos la facilidad que él para hacer que un apéndice llame la atención... El caso es que tanto el primer diccionario como las partes apendiculares nos proporcionaron largos días de gloria, felicitaciones de una barbaridad de personas, algunas palmas, leves tabacos y no recordamos si varias orejas sueltas. No concedimos entonces importancia a tan máximos honores, porque éramos jóvenes, como hemos dicho antes, y los pollos suelen ser soberbios (sobre todo si los guisa un buen cocinero). Pero hoy que somos viejos y algo barbudos, reconocemos que aquello pudo estar mejor y, con el fin de enmendar nuestros posibles yerros pretéritos, acometemos desde este momento la espinosa tarea de completar aquel diccionario con todas las enseñanzas que nuestra experiencia nos ha proporcionado. Nos mueve a ello el ejemplo de la Academia que recientemente ha largado al mercado una palabra que, no por ser malsonante, deja de ser necesaria y sin la cual creen los encantadores académicos que el comandante Franco no habría podido llegar a la Argentina. Y el caso es que creen bien, porque sin la palabra *amarar* no era posible hacer nada, como si no existiese la palabra *billete de banco* no habría manera de cambiar una peseta y todos seríamos unos pelanas. Conste, pues, que Franco ha amarado porque hay Academia en España; y que si no, hubiera tenido que descender de otra manera. Y él mismo, como es *Franco*, lo ha reconocido amablemente.

No creemos, por tanto, necesarias más razones para convencer a ustedes de la inmensa utilidad de un nuevo diccionario en las presentes circunstancias. Sacrifiquémonos, pues, ustedes y yo (naturalmente, ustedes mucho más, que lo tienen que leer) y vamos con el susodicho diccionario en aras de la cultura patria y de la mayor brillantez de nuestro idioma que es el mejor del mundo, el más bonito, el más barato y el único que recomendamos a nuestros lectores para entenderse con sus semejantes, menos con el sastre y el casero con los que afir-

mamos que no conviene llegar a entenderse jamás.
Y nada más.

A

ABOGADO.—Caballero decentemente vestido que, sin ser cómico, enira por el foro y habla por los codos. Se distinguen por una particularidad extraña: que para defender a un culpable suelen decir que es un idiota, que está loco, que es un degenerado, que su padre era un enfermo y su abuela una histérica, y que no sabe lo que se pesca ni lo que hace. Si los demás mortales defendiésemos así a la gente, nos ganaríamos una de mamporros que para qué vamos a hablar.

ABSURDO.—Una docena de huevos a sesenta céntimos.

ACRÓBATA.—Hombre musculoso y algo mollar que todo el dinero que gana en esta vida lo gana de salto.

ACUSAR.—Delatar a una persona, o a dos o a tres. Generalmente, por muy mala sangre que tenga el acusón, no suele acusar más que una vez en su vida y luego se arrepiente. Como excepción, citaremos al que acusa todas las veces que sabe algo, tanto si son veinte como si son cuarenta; pero este tío impertérrito que acusa las veinte y acusa las cuarenta, suele acabar perdiendo.

ANGEL.—Ossorio y Gallardo.

ANGEL CAÍDO.—El mismo.

B

BAUTIZO.—Cosa que si se hace con un chico de quince días es perfectamente legítima, pero que hecha con un chico de vino o con un chico de leche (que es con los chicos que más a menudo se hace) es un desafío acuatlico como para desbordarse.

BEATA.—Véase peseta. (Esto si buenamente la pueden ustedes ver, porque yo no veo ni una desde el año del cólera.)

BODA.—La caraba con vistas al Vía-ducto.

BIGAMO.—Hombre simpático y generoso, que tiene la manía de hacer comparaciones.

C

CARA.—Cosa que no es barata y que generalmente se deja uno en el lugar que la encuentra por no darle la gana de cargar con ella. Ejemplos: la frase de una modistilla que, viendo en un escaparate una camisa de encaje con su precio, exclamó ¡qué cara! y se retiró sin ella; y la frase de una mecanógrafa que, piropeada por Bergamín, dijo también ¡qué cara! y renunció a él generosamente.

CALVO.—Don Rafael Gómez Ortega, el *Gallo* (ausente). Es decir que, por culpa de la ausencia, no le vemos el pelo hace ya un disparate de tiempo.

COLA.—Cosa que pega. Se exceptúan los actuales vestidos femeninos, en los cuales la cola no pegaría en estos tiempos.

CONFIANZA.—¿Me permiten ustedes que les tutee?

D

DIFUNTO.—Afortunadísimo sujeto que no tiene que sacar la cédula este año.

DUEÑA.—La antigua *carabina* de las doñas Soles, doñas Ineses y doñas Beatrices que tenían novio. Por cierto que no nos explicamos por qué las llamaban dueñas, cuando no eran más que unas indecentes criadas.

DESPEDIDA.—¡Adiós, Gutiérrez!

DESIERTO.—El teatro Pavón, de Madrid. Prueba palpable de ello es que nadie se aventura de noche a pasar por él.

E

EXPERIENCIA.—Lo que dice el hombre que tiene cuando le han tomado el pelo treinta años seguidos los amigos, le han sacado el dinero las amigas y no puede salir por las noches de casa porque le da una tos asmática que se monda.

ERUDITO.—Un tío con mucha memoria. Y perdona si le he faltado.

ESPEJO.—Artefacto que viene manteniendo, desde tiempo inmemorial, una enconadísima discusión con Loreto Prado, sin que haya manera humana de ponerlos de acuerdo.

ESTANCO.—Único establecimiento que, sin necesidad de pagar a ninguna empresa de seguros, está asegurado de incendios de una manera seria y definitiva. Al lector que nos demuestre que ha ardió algún estanco y que se han quemado los cigarros, le regalaremos un duro y una cajetilla. Y el duro puede que lo convierta en humo, pero la cajetilla nos jugamos las vísceras a que no hay de qué.

F

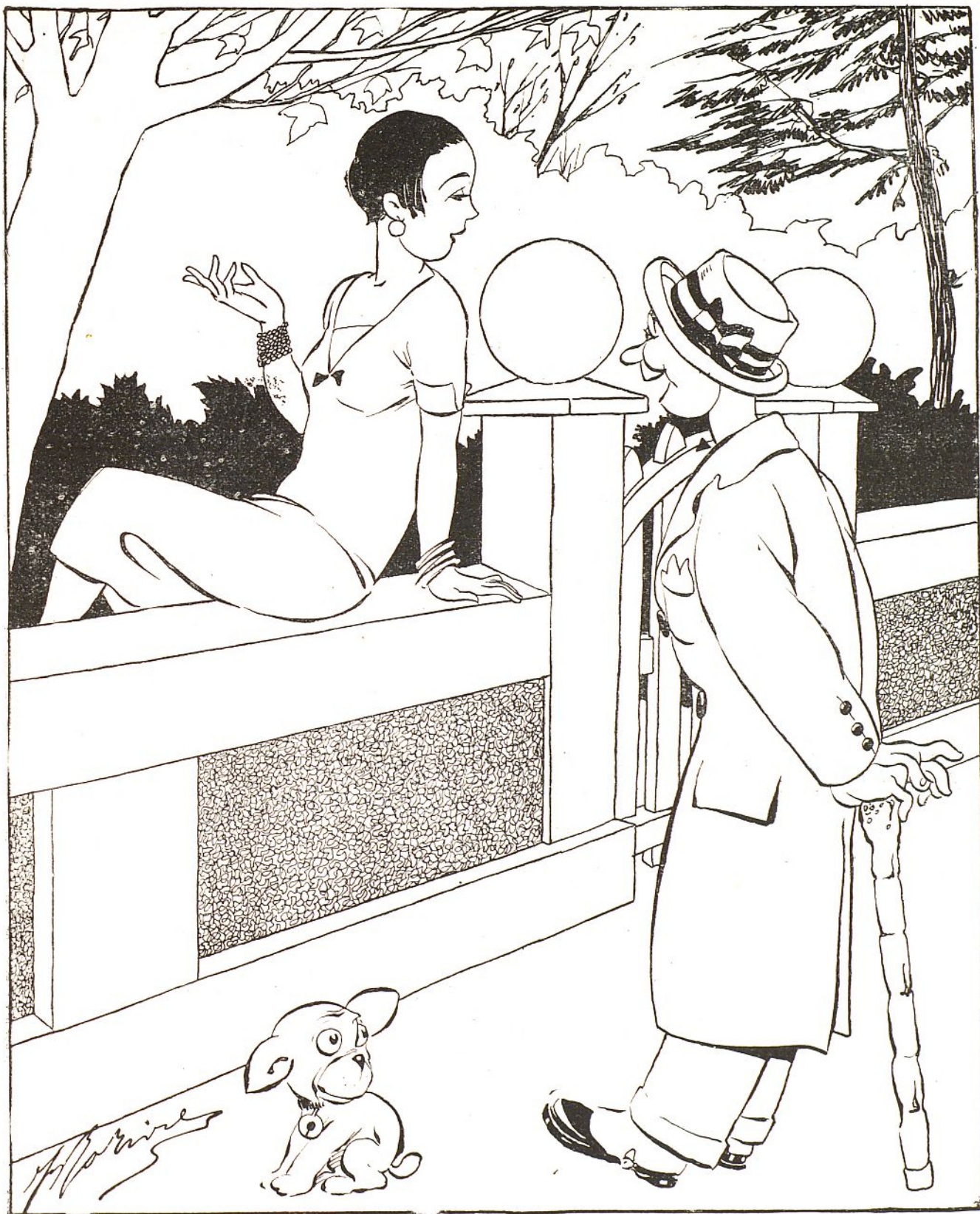
FOGÓN.—Primer año de canto de varias afamadas cupletistas.

FÉ.—Ni fú ni fá.

FORD.—Juego de cacerolas montado sobre cuatro ruedas que produce un ruido característico al andar y muchísimo más ruido todavía al pararse. Como los hombres de honor, está constantemente pidiendo una reparación.

(Hay una continuación, como ya se habrán ustedes calado.)

ERNESTO POLO



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—Cuida sobre todo, Severino, de que papá no te vea, porque me ha dicho que te va a dar una chuleta...
—No me importa: soy vegetariano, vidita.

CUESTIONES DE POCO PESO

LA OBLIGACIÓN DE PARECER ADMIRABLE

Tengo yo la virtud de admirar todo lo que no entiendo. Admiro a los anabaptistas, a los petrobusianos y a los bougomilios, por la sencilla razón de que no sé con qué se come nada de esto. Admiro a los ultraistas porque nunca ¡vive Dios! he logrado comprender qué diablos quieren decir. Admiro ese cuadro de Salvador Dalí, titulado «Venus y un marinero», que figura en la Exposición de Artistas catalanes, porque, después de contemplarlo mil trescientas veces, no he conseguido averiguar cuál de las dos figuras es Venus y cuál el marinero, como admiro a Vázquez Díaz por lo que el *Heraldo* califica de «noble rasgo» y que consiste en haber adquirido tal cuadro, cosa, para mí, de un arrojo verdaderamente épico. Admiro a don Oliverio Giron, por su reciente libro «Calco manías», escrito en un castellano del que yo, castelano hasta la médula, no he podido sacar nada en limpio. Y admiro, en fin, a don Eugenio D'Ors, cuyas «Glosas» he leído siempre con verdadero entusiasmo, sin que me remuerda la conciencia de haber entendido jamás una sola palabra...

Pero todas estas fundamentales admiraciones quedan pálidas ante la que me inspira cualquiera de esos señores que frecuentemente vemos en las columnas de la Prensa contestando a las preguntas de un periodista indiscreto. Esto me parece la cosa más sorpren-

dente del mundo, y reconozco mi inferioridad, mi estolidez, mi barbarie, al no comprender cómo esos caballeros pueden contestar de carrerilla todas las preguntas de una interviú y opinar sabiamente, luminosamente, competentísimamente de cuanto se les consulta, sin vacilaciones, sin titubeos, derramando ciencia por todas las extremidades y expresándose en un estilo sonoro, rotundo, limpio y pluscuamperfecto, que ya quisieran para sí aquel infeliz mutilado que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra y aquel pobrecito hablador que se firmaba «Fígaro». ¡Yo, que para resolver un expediente administrativo tengo que pasar en vela ocho o diez noches, y para perpetrar una croniquilla de tres al cuarto tengo que hojear mil veces el diccionario!...

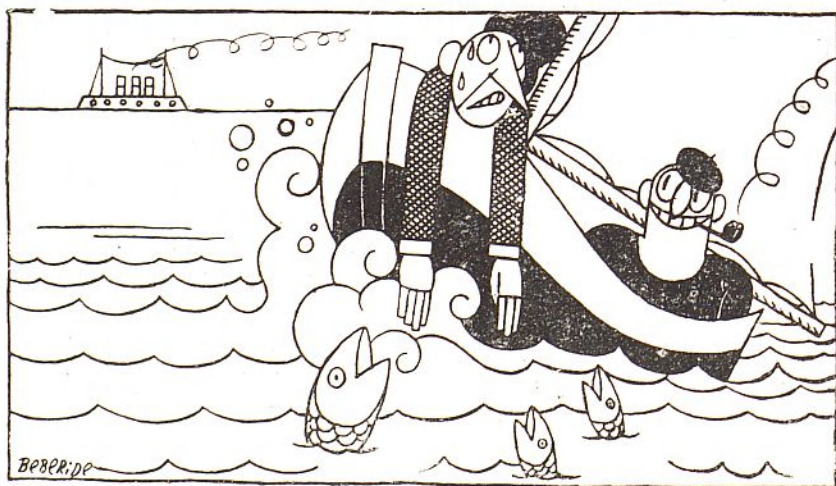
Cuando se trata de una interviú acerca del Teatro y contestan Benavente, los hermanos Quintero, Muñoz Seca o Martínez Sierra, la cosa no me sorprende, como no me sorprende cuando se trata de Literatura y contesta «Andrenio», cuando se trata de Arte y contesta Pepe Francés, cuando se trata de Toros y contesta Corrochano, cuando se trata de Política y contesta Ossorio y Gallardo, o cuando se trata de Economía y contesta Flores de Lemus; pero cuando se trata de Teatro, de Literatura, de Arte, de Toros, de Política o de Economía y contesta un señor perfectamente ignorado o por lo

menos dudosamente conocido, mi asombro raya en el delirio.

Nunca, naturalmente, me he visto en el glorioso trance de ser entrevistado. Pero si alguna vez se acercase a mí un periodista con el peliagudo ideal de que le expusiera mi opinión acerca de cualquiera de las mil vulgaridades que ocupan constantemente la atención pública, se me pondría de gallina la escasa carne que Dios ha tenido la bondad de repartirme y no sabría dar pie con bola. Para hablar de cualquiera de esas cosas hay que poseer una competencia de la que yo, francamente, carezco. Comprendo que los proyectos tributarios del Ministro de Hacienda —pongo por aménísimo asunto— son cuestiones demasiado escabrosas para mi rasero mental, y de ahí la profunda admiración que me inspiran, y más que ellos aún los clarividentes y sapientísimos maestros que a cualquier hora del día o de la noche, en plena digestión o en pleno letargo, desde la tribuna del Ateneo o desde la mesa del café, están dispuestos a dar una conferencia e iluminar al mundo con su ciencia y arreglar el país en menos que se persigna un cura loco.

¡Oh, el señor Pérez, hablando de la proporcionalidad en las aportaciones tributarias directas e indirectas, proporcionales y alícuotas! ¡Oh, el señor Fernández, ocupándose prolijamente de esa materia terrible y absurda que se denomina catastro! ¡Oh, el señor Martínez, tratando esa cuestión poderosamente abominable y monstruosa que se denomina amillaramiento!... ¿Y dónde me dejan ustedes al señor Jiménez exponiendo gallardamente sus teorías acerca del divertidísimo tema de los recursos contencioso-administrativo? ¿Y el señor García «extendiéndose en consideraciones» sobre el regocijante articulado del Estatuto Municipal?...

La Humanidad —pese a todas las doctrinas genésicas y étnicas— está dividida en dos grandes grupos, el de los admirados y el de los admiradores, y a mí me ha tocado encasillarme en el segundo. No me quejo. Considero más llevadera, más tolerable, la obligación de admirar que la de producir admiración. Eso de tener que ser siempre admirable debe de resultar muy incómodo. Se me figura que los forzosamente admirados son menos felices que los furiosamente admiradores.

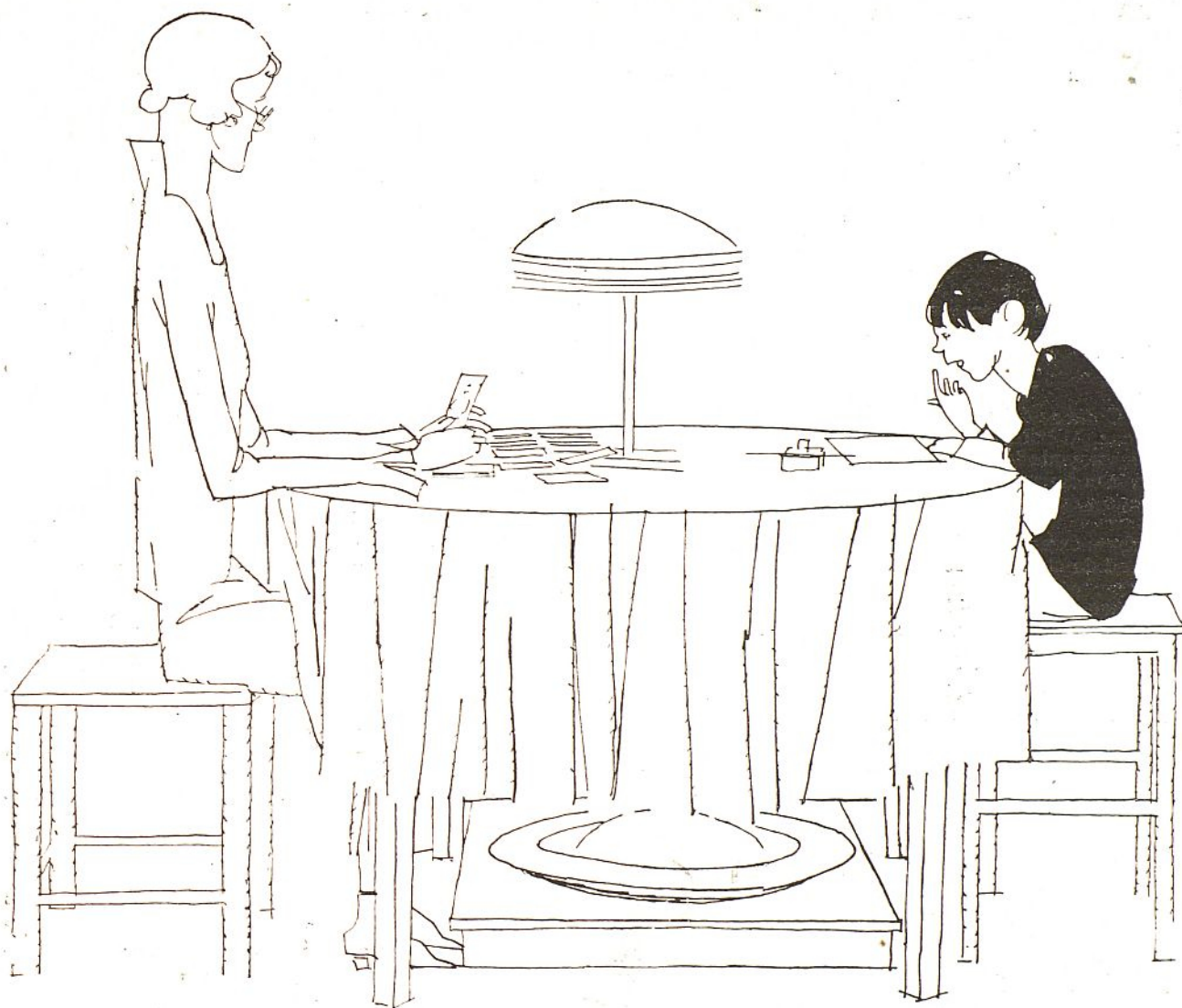


EL PEZ GRANDE A LOS CHICOS

Dib. BEBERIDE, Madrid.

—¡Atención, muchachos! ¡Que vamos a almorzar!

MARCIANO, ZURITA



Dib. ARISTO TÉ LEZ.—Madrid.

—¡Niño, te he dicho ya tres veces que los dedos no se deben meter en las narices!
—¡Bueno, lo dejaré para cuando esté en la escuela!...

LA GRACIA DE LOS OTROS

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—¿Cómo te has dejado golpear por un viejo como ése que verdaderamente está como suele decirse, con un pie en la sepultura?

—Porque... me hizo rodar por las escaleras con el otro pie.

De *Fliegende Blaeter*, Munich.

Un célebre pianista toca mientras dos señoritas charlan en un rincón. Un tanto

molestado, el artista, dice al dueño de la casa: «Supongo no estaré molestando a esas señoritas».

—Oh, no, de ninguna manera, pero no hay necesidad de que toque usted tan fuerte.

De *Karikaturen*, Oslo.

Al quedar en libertad un ladrón ter-

minada su condena, el director de la cárcel le echó un sermón sobre la necesidad que tenía de cambiar por completo de vida y hacerse un hombre honrado.

Se despidió de él, pero al ver que no se marchaba, le dijo: ¿qué es lo que espera usted?

—«Mis herramientas».

De *Lüstige Blaeter*, Munich.

LA MÁSCARA DESCONOCIDA

Pepito Colín, secretario de un Consulado americano en París, hacía una vida soltera.

Cuando el clac le notaba los primeros síntomas de la embriaguez, se recogía él solito, y así se defendía mejor de los golpes. Y el alto cuello tieso doblaba sus picos, se hacía de pajarita sin que nadie le dijera nada, y así se defendía mejor de las arrugas.

Pepito Colín se libraba, gracias a sus dos amigos de cámara—el sombrero y el cuello—de la grosera estampa de la embriaguez.

Pepito Colín se despertó a las ocho de la noche. Al lado, en un silloncito, estaba desmayada la camisa del baile anterior, con su pechera abierta para el desmayo y sus brazos caídos, muertos...

La corbata extendía a los lados la cinta prendida al cogote como una divisa.

La cartera estaba metida—tirada—en la sombrerera. El clac, en el bolsillo interior del frac.

¡¡Horror!! ¿No es esta noche el baile de máscaras en el palacio del príncipe Jhuy Daale?... Seguramente.

Llamó al timbre insistentemente. Por la rendija de la ventana no entraba luz. ¡Era de noche! ¿Pero qué noche era?... Tenía la confusión del que una vez duerme a deshora.

Apareció el criado.

—Oiga, *Paul*, ¿qué noche es esta?, ¿la de ayer?, ¿la de hoy?, ¿la de mañana?...

—La de hoy, señor.

—Entonces el baile del príncipe, ¿cuándo cae?

—En «hoy», señor.

—¡Atiza! ¿Y es obligatorio el disfraz?

—Exactamente.

—Vístame volando. Voy a alquilar uno cualquiera.

—¡Oh, Colín!

—Póngame usted el disfraz que le dé la gana, pero que sea bueno... y rápido.

—Pase a elegir.

—¡No, no, que entonces me pongo muy pesado!

El alquilador se metió en la trastienda y vino ya preparado con un capuchón recogido, como recogen las mujeres las faldas para metérselas por la cabeza.

Colín agachó bravamente la testa como para embestir, y el acordeón del disfraz se estiró a lo largo de su cuerpo.

—Ahora, amigo, una careta, ¡¡pero corriendo!!

—¿No se mira al espejo?

—Fío en usted. Ahora, una careta. El alquilador desapareció y volvió con la careta preparada. Pepito Colín sólo vió el dorso de color de cartón.

—Está usted divinamente, Colín.

—No esperaba menos de usted. Mándeme la cuenta a casa. ¡¡Adiós!!

Dijo las últimas palabras bajando las escalera, mirando los peldaños difícilmente—con la cabeza baja—por motivo de la careta.

Y al chófer:

—Soy yo, Gustavo. Vuela al palacio de Jhuy Daale.

Reconocido por los criados Mr. Colín, entró en los salones cubierta la faz. Naturalmente, todos se iban conociendo.

—¿Cómo va, Mr. Colín?

—¿Qué nos cuenta Mr. Colín?

Así mismo, Colín, el mundano Colín, conocía a todos; a todos, menos a una mascarita que de cuando en cuando veía por allá.

Y preguntó:

—¿Quién es uno que va por ahí con capuchón de palabras cruzadas?

—No sé. ¡Hay tantos! Es el disfraz de moda.

—Uno alto...

—No sé, no sé.

Y la volvió a ver tres o cuatro veces más, y no la conoció nunca. Bien es verdad que cada vez estaba en peores condiciones para conocer.

Salió de madrugada.

—Gustavo, ¿quién era esa máscara?

—Señor, no sé—contestó el chófer, comprendiendo el lamentable estado de su señor.

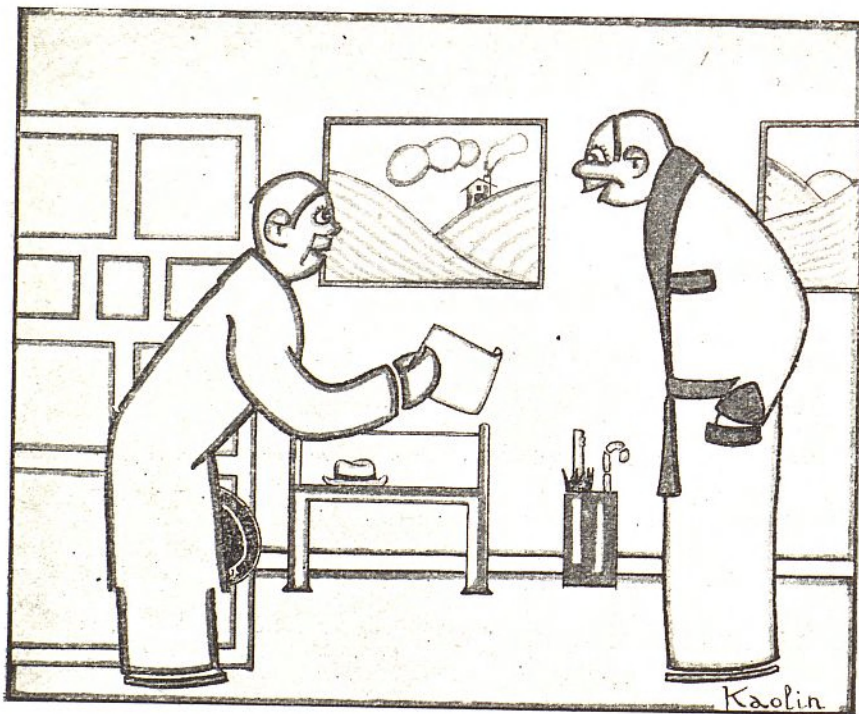
Pepito se tumbó en la cama y apenas podía dormir. El, gran mundano, gran catador de tipos, gran conocedor de máscaras, gran psicólogo, había fracasado. ¿Quién sería la máscara desconocida?...

Al mediodía despertó. Aún tenía puestos la careta y el disfraz. Se fué al espejo, y, como se adivina, se encontró con la máscara que le llevó al fracaso.

Tenía la boca acorchada, y la cabeza con angustia. Pero como estaba frente al espejo, descubrió la manera de conocer, al fin, al burlador: no tendría más que quitarse la careta, y se la quitaría, también, la máscara del espejo.

En efecto.

ANTONIO ROBLES



D.b. KAOLIN. — Madrid.

—Me es imposib'le seguir viniendo a diario para intentar cobrar la factura: usted me dirá el día que desea que venga.

—¿Le conviene a usted el viernes?

—Sí, señor.

—Bueno: pues venga todos los viernes,...



DEL BUEN HUMOR AJENO



Los cinco céntimos

Por René Pons.

Gastón Lapifle es un señor al cual no hay quien se la dé. Empleado en el ministerio de huelgas y plagas, tiene una vasta cultura y la costumbre de vivir sin hacer nada, que solo se adquiere en las oficinas del Estado.

Es un tunante entre los tunantes.

Esta mañana se presentó como todos los días ante la taquilla del metro para tomar su billete de ida y vuelta.

—«Son 55 céntimos. . .» le dijo la taquillera.

—«¡Ah! perdone usted, no me acordaba que hoy empiezan a regir las nuevas tarifas. . . Tome usted un franco.»

—«¿Tiene usted cinco céntimos sueltos?»

—«No. . .»

—«Pues no puedo devolverle más que 40 céntimos.»

—«¡A mí, no! Yo conozco el truco!, dijo Lapifle. Devuélvame usted el franco, voy a cambiar.»

Al subir las escaleras exclamó:— «¡Se conoce que me ha tomado por un norteamericano!»

Compró un periódico en el kiosco próximo y pagó con un franco.

—«¿Me da usted cinco céntimos?» dijo la vendedora.

—«No tengo.»

—«Pues no tengo mas que 75 céntimos.»

—«¿También? . . ¡Esto es un complot!»

Fué derecho al estanco de enfrente a comprar un sello. Aprovecharé la ocasión para escribir a mi tía Emilia. Lanzó el franco sobre el mostrador:—«Un sello del interior.»

—«30 y 20, 50 y 50 100, dijo el dependiente.» Lapifle recogió el dinero malhumorado. No recordaba que los sellos habían subido también. Todas las piezas que le dieron eran de 10 céntimos. Cogió al chico del bar de al lado por la chaqueta y le dijo: Te doy 20 céntimos si me das una pieza de cinco.

El chico lo hizo así, asombrado y viéndole marchar exclamó. «¡Luego se

extraña la gente de que ocurran desgracias! . . . ¡Es un loco!

Lapifle volvió a la taquilla que alarga su lengua de cobre. «Uno de ida y vuelta.»

Pero la taquillera le dijo: «Ya no se despachan billetes de ida y vuelta, son las nueve y diez».

Lapifle sintió un ansia de muerte.

—«¿Quiere Vd. segunda o primera?»

—«¡No quiero nada!»

Y se fué a tomar un taxi.

Un poco de fantasía

Por William Perrins

Un francés pasaba a caballo por un puente tan estrecho que dos jinetes no podían apenas cruzarse.

Un inglés avanzaba en dirección opuesta, a caballo también; cuando se encontraron en el centro ninguno de los dos quiso ceder paso al otro.

—Un inglés, dijo el insular, no se

aparta de su camino por ningún francés.

—¡Por Dios! exclamó el francés. Mi caballo también es inglés. Deje usted que el suyo se aparte para dejar paso al mío que es más viejo, pues sirvió en la batalla de Cafferols en 1702.

El inglés no hizo caso de este argumento y se limitó a decir:

—Puedo esperar. Aprovecharé la ocasión para leer este periódico hasta que usted me deje pasar.

Sacó un diario de su bolsillo y se puso a leer con toda la sangre fría británica. Pasó una hora. El sol comenzaba a hundirse tras el horizonte y el inglés dobló su periódico, mientras dijo al francés.

—¿Qué, paso?

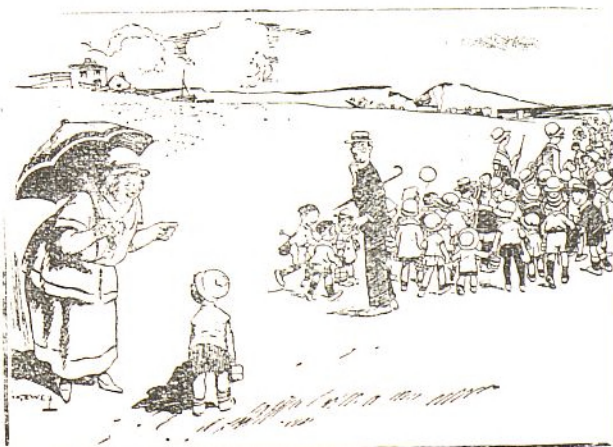
Pero el francés, más tentador todavía, le respondió.

—Me hace usted el favor de prestarme el diario para que yo lea a mi vez hasta que usted se aparte.

El inglés viendo la paciencia de su adversario, le dijo:

—Pase, señor francés.

G. P.



LA SEÑORA (al niño que se ha separado de sus compañeros de colegio).
—Anda, pequeño, con tu papá, no te vayas a perder.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR



DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Monsieur Bidón.—

Monsieur Bidón es un cochón que hace guarradas sin ton ni son. ¡Viva en Lyon o en Arcachón, hoy va a Cestona Monsieur Bidón!...

¡Buen viaje!... ¡Y tarde usted en volver lo más posible!...

C. N. B. Burgos.—¡Caray, caray! ¿De manera, poético amigo, que en la tumba de mi amada crece, imposible la hierba?... Y usted, ¿qué hace?... ¡Como si lo viéramos, se la comel...! Pues buen provecho y déjenos en paz, que bastantes difuntos tenemos en casa, para que nos preocupemos de los extraños!...

AMADOR

FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

D. N. T. Sevilla.—Tiene usted menos gracia que un pato viudo, que como usted debe saber, son los que no tienen buena pata!...

M. L. G. Barcelona.—

El cuento *Testigo y juez* es una total sandez.

Andreiew. Madrid.—¿En qué tacho de Barcelona para el año que viene ha leído usted los epigramas y chascarrillos con que pretende atufarnos como si fueran de su propiedad?... ¿Se ha figurado usted que en esta Redacción somos checoslovacos o vendedores de collares chinoscos?... ¡Pues está usted en un error tau funesto como estúpido! ¡Suelte usted ese tacho o lo soltamos nosotros y va a ser más grave...! Pues, hombre!...

Adonis. San Sebastián.—¡Por muy guapísimo que usted sea, no tenemos más remedio que despreciarle con toda nuestra olímpica fuerza!...

Cric-crac. Madrid.—¿Con que usted es de los que creen que en Rusia hace un frío terrorífico?... ¡Según, mi amigo, según!... ¡En Sebastopol hemos tenido nosotros un calorcito que meña miedo, cuando todavía no habíamos disfrutado del honor delicuescente de conocerle a usted!...

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO

os asombrará en breve plazo

S. R. N. Madrid.—Empieza usted así su lacrimosa historia: «¿Desean saber ustedes lo que le ocurrió a Mercedes?..»

Pues mire usted, francamente, para qué vamos a andar con tontearías. ¡No, señor!... Quizás, quizás, si se lo contase usted a un notable guardia, tendría usted un posible y ilsonjero éxito.

Eu.—¡Ay!!

M. U. R. Barcelona.—¡Sí, señor, de acuerdo! ¡España tiene hoy gente de muchísimo talento y capaz de asonbrar al mundo con los productos de su genio!... ¡Naturalmente, usted no es uno de ellos, pero no importa! ¡Hay bastantes, gracias a Dios, aunque no le contemos a usted!

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Pelmazo. Gijón.—Gracias por el soneto cuñario y comestible, pero aquí no tomamos nada entre horas. Y si es bazofia vil, con mucha menos razón.

H. N. R. Madrid.—¿De manera que *El ahuelo*, de Galdós, es una pieza?... Pues no sabe usted lo que le agradecemos el descubrimiento.

Chiripón. Málaga.

¿Conque usted hizo con Lola un disparate?... ¡Hola, hola!... Y diga: ¿lo sabe su señora madre?... Lo decimos para, si no lo sabe, contárselo nosotros, a ver si le quita a usted de en medio con unos cuantos mamporros de gran espectáculo...

Nevasco. Toledo.

¡Qué dibujos tan marranos! ¡Los hemos roto cuanto antes, poniéndonos unos guantes por no ensuciarlos las mangos! En confianza, usted no les ha dibujado (¡¡!!) con tinta china, sino con tinta cochina. ¡Y no hay derecho a esas porquerías, compadre!

R. R. A. Madrid.—Imbécil, cerdífero, y una barbaridad de cosas más, es su desahogo antiliterario, anticlerical y antiespasmódico. ¡A *Cestona* con él, y que perdone *Cestona* la clase de parroquianitos que le estamos mandando desde tiempo ligeramente inmemorial!...

Cebrián. Valencia.—Dicho sea sin ánimo de esparcir nuestra guasa a costa de usted, *El cigarro* es bastante largo. Y da la insostenible casualidad de que en esta casa no fuma nadie... ¡Guárdese usted, pues, para mejor ocasión!...

Carmelo. Madrid.—No sirve absolutamente para nada.

Carluja. Crevillente.—Dios no le guía a usted por el camino de las letras. Pruebe usted a ver que tal le va por el camino de las pólizas, y escribanos en cuanto pueda diciéndonos el resultado.

L. L. L. Sevilla.—¿Chistes, a propósito de Franco, que es una cosa muy seria?... ¡Antes la muerte!... ¡La muerte de usted, claro está!...

Malo de verdad. Madrid.—Que usted se alivie.

Raaf.

¿Elogios a la mazurca?
¿Oda a la gracia francesa?
¿Versos a la nación turca?
¿Pero qué ensalada es esa?
¿Es rusa o de pepinos?... ¿Es tal vez de calabaza?... ¡Sí, eso es, de lo último..., de usted!...

Antonio González. Murcia.—Sí, señor; la Administración puede facilitarle todos los números que cita en su carta y se le remitirán certificados previo envío, por g'ro postal, de diez y ocho miserables y brillantes pesetas.

La ciencia no se equivoca,
sin dolor de muelas vive
el que usa para la boca
Licor del Poto de Orive.

A. C. de J. Madrid.—Puede usted enviar la firma cuando le plazca, para publicar su trabajo que también nos place a nosotros.

L. P. Madrid.—Su artículo sobre las Caballerizas, que debía estar muy bien porque usted es un verdadero caballo y tiene que entender de eso, resulta que está mal y no puede aceptarse. De manera que ¡Dios le de a usted paciencia, resignación y cebada en abundancia!...

Domingo. Habana.

Por la gloria de Maceo
te juro que eso es muy feo

CUPÓN

correspondiente al núm. 221 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En la plaza de abastos.

—¿Cuanto vale esta col?

—Para ser para usted, una, treinta.

—¡Cara-col es!

Bcnigno Cutandas.—Seseña.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—Dicen que el franco está muy bajo.

—¡Cómo bajo! ¡Si precisamente he leído que pasó por las Canarias, hacia Buenos Aires, a tres mil metros de altura!

Garrofin.—Vigo.

—Un capitán, encolerizado por lo vago que era un cabo de su compañía, le decía:

—¡Cabo, es usted un goífo!

Yo.—Barcelona.

—Bueno, quedamos en que en el segundo piso instalamos las oficinas de recaudaciones.

—¡Eso es! ¡Y abajo los consumos!

Enrique Torrado.—La Coruña.

—¿En qué se parece el Patriarca de las Indias a un tonto?

—En que el Patriarca está en Constantinopla, y el tonto en Constantinopla.

M. V. F.—Santiago.

—¿Quiénes son los mejores contables?

—Esos chinos que venden collares por las calles, porque hay que ver las cuentas que llevan.

Gregorio León (Gorito).

Un radioescucha estaba buscando la onda para oír los conciertos de Londres cuando fué interrumpido por un amigo, el cual jamás había visto un aparato de radio.

Saludáronse, y viendo éste que continuaba con la misma operación dijo: ¿pero qué haces con ese aparato?

—Pues nada, que no puedo encontrar la onda, a lo que contestó el amigo:

—¡Cómo la has de encontrar si acabo de ver a tu hijo con ella tirando piedras a los pájaros!

Celestino Rodríguez.

San Sebastián.

Nos molesta y nos cohibe el que nos mande hacer versos más los hacemos con gusto si son de Jarabe ORIVE.

—¡Oye, Pepel! ¡Todavía no he conseguido verte claro!

—¿Es que eres miope?

—No. Es que siempre que te veo, estás curda.

Carbajal.—A/bacete.

Noticia de periódico:

«El verano anterior, cuando vieron los suizos que se acercaba el partido de fútbol entre ellos y España, organizaron un partido de entretenimiento el de Berna A y Bernabé.»

Joaquín Díaz.—Monforte.

“BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Leas” Alberto Aguilera, 29
—: Telef. 11-59 J. —:

—¿Cuál es el animal más enamorado?

—El pato, porque siempre anda con las patas.

Canga.—Segovia.

El capitán (al asistente).—Perico... ¡tú te fumas mis cigarros!

El asistente.—Sí, mi capitán... Pero recuerdo que le pedí permiso para fumar...

El capitán.—De tu tabaco, bien.

El asistente.—Es que para fumar de lo mío, no necesito pedir permiso.

Juan Escudé.—Larache.

—¿En qué se parecen el fútbol y el tenis a los ahorros de un mozo de cuerda?

—En que son de portes.

J. Caballero.—Madrid.

—¿Cuál es el deporte que soluciona el problema de las subsistencias?

—El boxeo, porque los que lo cultivan se hinchan de galletas.

Tctó.—Melilla.

Le preguntaban a un médico octogenario qué había hecho para conservarse tan sano, y él respondió:

—Vivir de mis recetas y no tomar ninguna.

Sotam-Hacho.—Ceuta.



HERNIAS
Bragueros científicos.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agusto Figueras 8

En un café.

—Echamos una partidita?

—Si no sé jugar apenas.

—¡Vamos, anímese usted! Le daré veinte palos!

—¡Hombre, pues vaya una manera de animar!...

El pirulí morrongo.—Bilbao.

—¿Que es lo que no se puede dar con largueza?

—El pan, porque tiene corteza... Este chiste tiene mucha miga.

F. R. J. L.

Otro número de BUEN HUMOR agotado.

Al simpaticote que presente en nuestra Administración un ejemplar del número 14, en buenas condiciones, le obsequiaremos con UNA PESETA y le daremos las gracias.

—¿En qué se parecen un ceretina y unas botas viejas?

—En que esperan relevo.

Cucufate.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.

La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS

SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

TAPAS

Para la encuadernación de
"BUEN HUMOR"

Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



Dib. TONO.—Madrid.

PENSION EN FAMILIA.

—Aquí estará usted como en su propia casa.
—Entonces me voy.